

## DEL DEBATE CULTURAL EN CUBA

### EL TRINQUENIO AMARGO Y LA CIUDAD DISTÓPICA: AUTOPSIA DE UNA UTOPIÍA

Mario Coyula



La ruralización de la capital: ranchón de palma en El Vedado, saliendo de la propia acera.



Parque-monumento de los Mártires Universitarios, Infanta y San Lázaro, Centro Habana (Emilio Escobar, Mario Coyula, Sonia Domínguez, Armando Hernández; 1967)

#### Al principio eran los principios

En las ciudades y la arquitectura cubana contemporáneas también aparecieron, con algunos matices propios, los efectos de la misma política cultural rígida e impositiva que dañó el pensamiento, la literatura, el teatro y otras manifestaciones intelectuales y artísticas en los años Setenta. Esa década oscura empezó antes para la Arquitectura cubana, y no ha terminado, asociada a una mediocridad en ascenso que aplasta como sospechosa cualquier manifestación de creatividad individual. La tolerancia fue vista como flojera impropia de revolucionarios, y la intransigencia pasó a ser una virtud, en vez de un defecto. Una xenofobia provinciana rechazó lo diferente y venido del exterior, incluyendo modas y gustos que fueron considerados como extranjerizantes.

#### Muera la diferencia

Ya en la segunda mitad de los Años Sesenta el conjunto de las Escuelas de Arte de Cubanacán fue satanizado, sus autores acusados de elitistas y su influencia considerada perniciosa para un joven estudiante de Arquitectura. Sus oponentes, afiliados a un pragmatismo tecnocrático, estaban dispuestos a sacrificar la belleza para supuestamente lograr construcciones técnicamente impecables y en la gran cantidad que requería el país. Había comenzado el culto a la improvisación.

En la primera mitad de los Sesenta se había alcanzado una alta calidad arquitectónica de la producción media, que

cubrió nuevos programas y se extendió por todo el país. El espíritu creativo del momento se condensó en La Rampa. Esas pocas cuerdas en pendiente formaban el marco físico todavía flamante y con una vívida imagen urbana para una rica mezcla de funciones, edificios y personas. Allí se produjeron intervenciones culturales impactantes, y fueron construidas algunas de las obras más modernas importantes. En realidad, ésa fue la época dorada de la Arquitectura Moderna en Cuba. Eso ocurrió en medio de una coyuntura nacional aún más difícil que la actual, con grandes tomas de conciencia y de partido, y las consiguientes rupturas y desgarramientos personales y colectivos. A ello se unió la estampida de la mayor parte de los arquitectos más renombrados, la escasez material generalizada, y una desestabilización interna que incluyó agresiones armadas con apoyo extranjero. La pregunta natural es: si eso pudo lograrse entonces, ¿qué falló después? Y la otra pregunta, que se desprende de ésa: ¿qué se puede hacer para recuperar aquel nivel?

#### Llegan los Setenta

A mediados de los Sesenta el Ministerio de la Construcción había comenzado ya un fuerte proceso de centralización. Parejamente creció la tipificación de los proyectos, y proliferaron normativas que buscaban la estandarización a escala nacional, como supuesta única forma de industrializar la construcción, y con ello abaratarla y conseguir producciones masivas. La solución a las grandes

necesidades acumuladas se concibió únicamente a través de la acción estatal. La autoridad del arquitecto se fue trasladando del proyectista a los constructores e inversionistas, algo equivalente a dejar que los impresores determinen cómo se deben escribir los libros.

Los problemas que aparecieron en la producción arquitectónica fueron a la vez causa y resultado de una centralización rígida que cerraba las alternativas y anulaba la crítica sobre los méritos y defectos de una obra. Huyendo de ese cuadro claustrofóbico, muchos buenos arquitectos diseñadores se refugiaron en la planificación física, la restauración y conservación de monumentos históricos, la crítica y la docencia. Esa fuga cambió de signo en los años Noventa, cuando algunos talentos pasaron al mundo mejor retribuido de la economía en moneda fuerte, mientras otros más jóvenes optaban por irse del país.

Salvo excepciones, no se ha podido estar a la altura del valioso patrimonio construido que se acumula en las ciudades cubanas, incluyendo el de los primeros años tras el triunfo revolucionario. La causa principal está en las condiciones en que trabajan y son remunerados los arquitectos, y muy especialmente en la pérdida de su autoridad sobre los proyectos y la ejecución de las obras. Una combinación de igualitarismo anónimo, tecnoburocracia, y dogmatismo en personas que se sentían depositarios de la verdad absoluta, impuso modelos rígidos copiados de otros contextos climáticos y culturales.

La línea que dominó desde los Setenta fue el empleo de la prefabricación pesada con grandes paneles, hechos en grandes plantas y montados con grandes grúas. A pesar de fuertes evidencias contrarias, ese modelo se mantuvo, demostrando que la prefabricación mental resulta más rígida y duradera que la tecnológica. Año tras año, el país se fue cubriendo con proyectos *típicos* repetitivos, pero en definitiva el déficit de viviendas siguió aumentando. Pero no todo anduvo mal. Cuando el dinero no era importante, un grupo de buenos arquitectos demostró que se podía hacer buena arquitectura desde instituciones estatales y con un sistema constructivo poco flexible, cuando hay talento y un jefe igualmente talentoso que sabe lo que hace. Más importante todavía ha sido el éxito en la conservación de monumentos, sobre todo en La Habana Vieja, y principalmente a partir de 1993, cuando la Oficina del Historiador recibió permiso para desarrollar sus propios negocios como fuentes independientes de ingreso, conciliando el interés cultural con el económico. De esa manera, lo que antes algunos veían como una carga se convirtió en un recurso valioso.

La concentración de inversiones en las zonas históricamente privilegiadas refuerzan la tendencia a una Ciudad Dual, la de los visitantes, a lo largo de la costa norte, y la del resto de la

población en el Sur Profundo. Al hacinamiento en las zonas centrales se une el deterioro por el tiempo, la agresividad del ambiente y el enorme déficit acumulado de mantenimiento. Ese mal estado comenzó a expresarse en el exterior de las viejas edificaciones, uniéndose a subdivisiones, ampliaciones y cercados de todo tipo, reflejo de una creciente indisciplina urbanística que no se quiso enfrentar.

### El qué-sadismo

El dogmatismo en la práctica de la profesión también llegó a la Escuela de Arquitectura, entonces única del país. Un personaje grotesco aterrizó en la CUJAE, y en pocos años acumuló un impresionante historial de extremismos ridículos. Implantó un enfoque tecnocrático en la carrera y eliminó o mutiló las asignaturas de contenido cultural. Igualmente dispersó a los docentes *culturosos* hacia lugares inhóspitos para que *pusieran los pies en la tierra*, o sea, el fango. Sus abusos llevaron a que fuera públicamente rechazado por una mayoría absoluta, en un acto de rebeldía masiva poco usual.

Ese mismo hombre había sido un látigo con los *amanerados*, *extravagantes*, *apáticos*, *intelectualoides* y creyentes religiosos, que eran emplazados públicamente en las asambleas de depuración bajo el principio de "la Universidad para los revolucionarios". Algunos se pusieron una máscara conformista, dejaron las medallas religiosas en casa, asistieron a las guardias y al trabajo voluntario, o virilizaron algunos gestos sospechosos, todo para no ser expulsados. Otros eran enviados a trabajar en la agricultura, como si cortarse el pelo, vestir de caqui gris y criar ampollas trabajando en el campo los pudiera encauzar dentro del redil. Con el miedo, apareció la doble moral, que se extendió a emplazados y emplazadores.

En definitiva, también los heterosexuales ateos y revolucionarios fuimos víctimas colaterales de aquellos *pogroms*, porque nos hicieron peores personas. Yo estuve allí, y no me levanté para oponerme. Igual que otros compañeros, pesé los pros y los contras frente al gran proyecto social al que estaba dedicando la vida, saqué balance y callé. Como cualquier otra obra humana, una revolución está sujeta a errores, pero cuando se violan principios éticos y morales los errores se convierten en abusos. Profesar creencias religiosas, mantener relaciones con familiares en el extranjero o tener preferencias homosexuales fueron definidos entonces como problemas de principios, igual que haber votado en las elecciones de 1958. Con el tiempo, algunos de los excluidos fueron re-admitidos, aunque otros se perdieron por el camino. Los criterios clasificatorios para excluirlos cambiaron, lo que deja claro que *nunca* fueron principios, porque los principios no cambian.

Confirmando la frase de Lenin sobre los extremistas, el lamentable inquisidor de la CUJAE cambió su uniforme

prestado por una bata blanca, y es ahora *gurú* de una secta propia, donde se dedica a escarbar en pasadas reencarnaciones mientras cura a sus fieles con agua bendita. Quizás haya encontrado finalmente la paz consigo mismo. Pero los linchadores morales no eran sólo ineptos resentidos o jóvenes fundamentalistas buscando desesperadamente su lugar. Hubo también arquitectos de talento, pocos en verdad, que se convirtieron en opresores de sus pares, reclamando de ellos austeridad, obediencia ciega y anonimato para expiar el pecado de haber defendido a la belleza y la expresión personal en algún momento.

### La Habana ahora

En la difícil situación económica actual, cuando se construye poco, era deseable que al menos esos pocos edificios tuviesen el mejor diseño posible; pero lamentablemente no es así. En general, aparece una influencia diluida de la peor arquitectura comercial de Miami o de Cancún, patéticamente asumida como de avanzada. No obstante, hay algunos buenos proyectos recientes que fijan un rasero alto de calidad.

Existe una percepción generalizada de que la buena arquitectura es inevitablemente cara, pero hay buenos ejemplos por todo el mundo construidos con materiales humildes; y muchos otros execrables hechos con los más caros. Persiste la prevención contra los concursos, y cuando se hacen, son de alcance limitado. Esto probablemente se debe a la resistencia para delegar en un jurado el placer de decidir, lo que mata la confrontación que se requiere para elevar la calidad, y dificulta que se manifiesten los arquitectos más jóvenes y potencialmente más renovadores, o los que no tienen un respaldo institucional.

### Elevar el rasero

Hay obras de vanguardia, una suerte de Arquitectura para Arquitectos, que son imprescindibles para marcar pautas, establecer tendencias y elevar el rasero de la media, que en definitiva es la que *hace* ciudad. La crisis económica ha reducido las oportunidades para ese tipo de obras excepcionales, y dentro de las pocas oportunidades que aparecen —generalmente financiadas por empresas mixtas— el socio extranjero intenta imponer sus gustos, y a menudo lo consigue. Precisamente por depender de unos pocos inversionistas, resulta más difícil rechazar esas imposiciones y arriesgarse a parecer insensible ante las necesidades del país. Ese es otro de los efectos malsanos de la excesiva centralización. La recuperación de la red de calzadas de la ciudad central, con sus miles de pequeñas tiendas una al lado de la otra —ahora vacías o convertidas en caricaturas de viviendas— demanda miles de pequeños y medianos inversionistas, que no pueden ser atendidos centralmente.



Vivienda aislada en el pueblo rural de Las Terrazas, Sierra de los Órganos, Reserva de la Biósfera (Mario Girona, Osmany Cienfuegos y otros; 1968).



Arquitectura blanda: Edificio de una compañía inmobiliaria de apartamentos para extranjeros en Quinta Avenida, Monte Barreto, La Habana.

Heridas individuales aparte, el aplanamiento que caracterizó a la política cultural de los Setenta en la literatura, el teatro y las artes plásticas, pudo recuperarse en buena medida con una posterior reapertura que incluyó la rehabilitación pública de creadores que habían sido perseguidos o apartados. En la producción del entorno construido el golpe fue más impersonal, pero también más duradero. El arquitecto necesita de alguien que le encargue proyectar una obra y en la Cuba post-59 ése ha sido siempre una entidad estatal. En definitiva, el papel del profesional es asegurar que el proyecto y la obra salgan bien. Ésa es la tragedia de los equipos asesores, que para funcionar necesitan de alguien que se interese en ser asesorado. Irónicamente, el que pide asesoría es por lo general quien menos la necesita. Ese alejamiento artificial entre el creador y el usuario se complica al haber separado institucionalmente el proyecto de la construcción.

Otro problema muy serio es el descontrol sobre las obras, tanto estatales como de la población. Las reglamentaciones vigentes no se aplican, y si se aplican no logran su objetivo.



Hotel Parque Central, La Habana (Jorge Luis Jorge, 2000). La integración a la ruina existente por mimetismo



Centro Nacional de Investigaciones Científicas, La Coronela, La Habana (Joaquín Galván, Ignacio Gonzáles Lines, Sonia Domínguez, Onelia Payrol, Carlos Noyola; 1966)

En realidad, la proliferación incontenible de distorsiones que deforman y envilecen a la ciudad es más dañina aún que unas pocas obras nuevas feas o anodinas. Esas deformaciones echan a perder los importantes esfuerzos y logros alcanzados en la recuperación del patrimonio construido. Un *laissez-faire* paternalista, el desempoderamiento de la población y la confusión entre cultura popular y populismo han permitido que aflore hacia la calle ese triste mutante, la cultura del *aguaje*. Esta es una ciudad enjaulada donde la gente se mueve con dificultad entre dos puntos amistosos o al menos conocidos, mientras atraviesa un territorio hostil dominado por marginales buscavidas y su reverenciado modelo de éxito a imitar, el *maceta*.

Las deformaciones de la imagen y los patrones de conducta urbanos no sólo pueden atribuirse al desarraigo de una inmigración rural, que en parte llenó el espacio dejado por el éxodo masivo de la anterior clase dominante, blanca y urbana. Aparece también con mucho peso una marginalidad urbana preexistente, antes reprimida y limitada a enclaves bien definidos, que se expresa en la forma de hablar y vestir,

los modales y cierta música más dirigida a enervar que a estimular el sentimiento o el pensamiento; y que también se refleja en los medios masivos de comunicación. La situación se hace más compleja con el aporte *kitsch* de una persistente cultura de pequeña burguesía provinciana, triangulada en un viaje de ida y vuelta hacia y desde Hialeah en Miami. Todo eso se ayunta con lo que Héctor Zumbado llamó el *pequeño proletario*.

La ciudad es cada vez más distópica, con su *topos* dañado, incómodo y disfuncional en la medida en que se pierde el sentido del lugar. Nos vemos cada día reflejados en un espejo cruel que devuelve un rostro desgastado, tiempo atrás animado por la *u-topía* que nos convocó en su no-lugar ideal. Nacer, crecer, madurar, envejecer y morir son etapas inevitables en cualquier forma de vida, ciudades incluidas. Pero igual que los seres humanos, las ciudades deben saber envejecer con dignidad, sin recrearse en la nostalgia inútil por la juventud perdida, y conducir la renovación inevitable antes de que se imponga por sí misma siguiendo las leyes perversas de la entropía, para introducir el caos.

Analizar los problemas de hace cuarenta años no debe quedar como un ejercicio académico, ni una catarsis liberadora, ni tampoco *vendetta* que remueva heridas y agravios buscando reprimir a los antiguos represores. Lo principal es aprender de esos hechos y evitar que se repitan. Esa enorme figura del siglo XX, Nelson Mandela, enseñó el camino: hacer que los ofensores reconozcan sus errores y abusos, y seguir adelante. Pero otros errores nuevos pueden aparecer, y no deberemos esperar otros cuarenta años. Hay que saber avanzar a partir de las contradicciones, no acallándolas. Debemos pensar y actuar con la frescura y la energía de un joven, o darles paso a ellos cuando ya nos repitamos. Lo contrario lleva al estancamiento y la involución, que es la muerte en vida. Espero que este debate desbroce y a la vez remate el camino, y que un día podamos reírnos al pensar que entonces —ahora— vimos esta discusión como algo excepcional.

Para terminar, una pregunta: ¿Estamos haciendo la clase de arquitectura que merece este país? Desde este medio siglo de afanes, ilusiones y riesgos compartidos, quiero ver desde adentro lo que va a pasar, y ayudar con todos ustedes a que salga lo mejor posible. ■

**Mario Coyula Cowley** (La Habana, 1935). Arquitecto, diseñador urbano y crítico. Profesor de Mérito en la Facultad de Arquitectura, CUJAE, donde fue director de la entonces Escuela de Arquitectura a principios de los años Setenta. Asesor del Grupo para el Desarrollo Integral de la Capital, que antes dirigió. Primer presidente de la Comisión Provincial de Monumentos y ex-director de Arquitectura y Urbanismo, ambas en la capital. Autor de más de 180 artículos y reseñas y autor principal y co-autor de cinco libros y de varios proyectos premiados en concurso. Profesor Visitante en la Universidad de Harvard (2002) y Profesor Invitado en la Universidad de Artes Aplicadas de Viena, 2006. Premio Nacional de Arquitectura 2001, Distinción Nacional de Habitat 2004, ambos de por vida.